

El Monte Líbano: la verdadera resistencia de un país milenario

En medio de las guerras, invasiones y tensiones que una vez más sacuden al Líbano, suele hablarse de “resistencia” en términos militares o políticos. Sin embargo, la verdadera resistencia libanesa no nació en los campos de batalla ni en las milicias contemporáneas. Nació hace milenios en la montaña. Su nombre es Monte Líbano.

La historia del Líbano no puede comprenderse sin esa cadena montañosa que corre paralela al Mediterráneo y que, desde la antigüedad, ha sido refugio, muralla natural y espacio de libertad. Mientras la costa era conquistada sucesivamente por imperios —egipcios, asirios, persas, griegos, romanos y más tarde los ejércitos islámicos— la montaña ofrecía algo distinto: distancia del poder central.

Las grandes ciudades marítimas como Tiro o Sidón eran estratégicas para los imperios. Quien controlaba esos puertos dominaba rutas comerciales que conectaban el Mediterráneo con Asia y África. Pero controlar cada valle del Monte Líbano era otra historia. La geografía abrupta, los bosques y las aldeas dispersas hacían imposible una dominación completa.

Así, la montaña se convirtió en refugio para comunidades perseguidas o marginadas en distintos momentos de la historia. Allí se consolidaron, entre otras, las comunidades maronitas y drusas, que encontraron en las alturas un espacio donde preservar su fe, su cultura y sus estructuras sociales. Durante siglos, esa convivencia en la montaña generó una forma singular de organización política basada en equilibrios entre comunidades.

Incluso bajo el dominio del Imperio Otomano, que gobernó la región durante más de cuatrocientos años, el Monte Líbano mantuvo grados importantes de autonomía. Gobernadores locales, notables regionales y sistemas de representación comunitaria permitieron una gestión relativamente diferenciada respecto de otras provincias imperiales.

Esa tradición de autonomía quedó institucionalizada después de los conflictos sectarios del siglo XIX. En 1861 se estableció una entidad autónoma en el Monte Líbano con un gobernador cristiano y un consejo representativo de las principales comunidades. Aquella experiencia política sería, décadas más tarde, uno de los antecedentes del Estado libanés moderno.

Cuando Francia proclamó el “Gran Líbano” en 1920, lo hizo ampliando precisamente el territorio histórico de esa montaña. El nuevo Estado incorporó ciudades costeras, el valle de la Bekaa y regiones del sur y del norte. Pero la idea política que lo sostenía —la coexistencia entre comunidades— provenía de la experiencia histórica del Monte Líbano.

Por eso, cuando hoy se habla de resistencia en el Líbano, conviene recordar que la verdadera fortaleza del país no reside únicamente en su capacidad militar, sino en algo más profundo: su capacidad histórica de sobrevivir como sociedad plural.

Durante milenios, el Monte Líbano fue un espacio donde distintas comunidades lograron convivir, negociar y preservar identidades diversas en medio de imperios que surgían y desaparecían. Esa resistencia no fue la del enfrentamiento permanente, sino la de la persistencia cultural, religiosa y social.

En tiempos de nuevas guerras y tensiones regionales, esa lección histórica adquiere un valor especial. El Líbano ha sido muchas veces campo de batalla de potencias externas. Pero su verdadera continuidad no proviene de quienes lo invadieron, sino de quienes, en las aldeas de la montaña, mantuvieron viva una sociedad plural capaz de atravesar los siglos.

Quizás allí se encuentre la clave del futuro libanés: recordar que su fuerza no nació de la guerra, sino de la montaña.



**Rafael Rosell
Aiquel, rector
Universidad del
Alba**